

minúsculas

Álvaro Marín. *Acrílicos sobre tela*. Fotografías: Guillermo Melo

Defensa del tornillo

Eduardo Escobar

No todos creemos que los gallos cantan para saludar la aurora, ni somos tan presuntuosos como para pensar que arrear al sol con sus estridencias. Hay quienes piensan por el contrario que los gallos protestan por la llegada del nuevo sol y maldicen a la madrugada. Son los incapaces de aceptar los pequeños milagros del mundo, los que van por la vida serios como un sarcasmo, haciendo berrinche, y quejándose por todo. Uno de esos infelices sacó del bolsillo un día un teléfono celular y me dijo furioso, como si yo tuviera la culpa: “Mirá a lo

que nos tienen reducidos”. Yo quise decirle que era libre de echarlo en la basura si lo hacía tan miserable, y que el teléfono celular me parece un invento del diablo, en el sentido elogioso del término, pero preferí no llevarle la contraria. Hay que ser cautelosos con esta clase de seres, para evitarles sufrimientos por caridad.

Estos enfermos del alma exprimen siempre los frutos podridos del huerto. Uno piensa que si no hubiera lacras en la Tierra, se quedarían sin el orgullo de un oficio. Unos desdennan el automóvil, otros los aviones, otros los discos compactos, y otros reparten su desdén totalitario sobre todas las bendiciones de la tecnología con la intemperancia de los vanidosos, y maldicen sin excepción los logros del ingenio humano, los

trabajos de la inteligencia y la malicia. Sin embargo, cuando les duele un diente corren a la farmacia, y gustan de los licores sofisticados y tienen chaquetas sintéticas con cierres cibernéticos y lucen tenis norteamericanos. Como esas muchachas que no se dejan penetrar del todo, con la ilusión de que así conservan intacta la virtud.

Me gustan los tornillos, me intrigan los resortes, agradezco las rodachinas en las maletas, el clip, el chip y la fábula de internet. Cada cual pone en las cosas lo que tiene: éstas son inocentes. La autopista internet se parece a la vida. Cada quien halla allí lo que merece. Internet está lleno de beneficios. Esta enciclopedia panorámica a la cual nada escapa es democracia viva, comunicación real, a pesar de sus excesos, de los peligros

de la sobresaturación que implica. Allí puedes encontrar una mujer desconocida buscando marido, una noción de Inés de Castro, los poemas que escribió en su honor un poeta viejo, un texto chino sobre una guerra antigua, y a Luis de Góngora y Argote. Y en la calle de los prostíbulos se agazapan los virus y las bacterias del sistema como en cualquier ciudad grande que se respete.

Cada ciudadano del mundo, menos los que viven en alguna patria comunista, tiene acceso a una biblioteca sin fin en la luz, que no cabría en su casa por grande que fuera. Internet es la capacidad infinita de recibir y de transmitir. El mundo se ha empequeñecido y ensanchado al mismo tiempo por su causa. Y nunca falla. Todo está ahí. Los catálogos de los museos. La cartografía del cielo. Una revista científica. Los locos, los sabios, los que cantan, y también los que gruñen. Hasta yo estoy ahí al alcance de un clic: busquen y verán: www.poetaeduardoescobar.com. A esta hora hay una muchacha en Nueva York leyendo por internet un libro mío sobre un cojo para cumplir con una tarea para la universidad. Hablamos ayer por hotmail.

Claro, internet también nos empobreció. Por ejemplo, me duele que por su culpa hayan

pasado de moda las cartas perfumadas de los novios, por ejemplo, donde a veces venían unos pétalos que no puede reemplazar ni de lejos el emoticón. Pero a cambio, hoy los novios pueden verse en la webcam, y hasta experimentar un coito luminoso a distancia, por sobre los océanos y las nubes, si tienen ganas. La red da para todo.

Pensemos en favor de los maestros del berrinche perpetuo que nos alarman contra el desperdicio y el exceso y que hacen de centinelas ante las acechanzas técnicas. Desde Sócrates hasta Heidegger, las técnicas se muestran, al tiempo, benevolentes y enemigas. Digamos que sus prevenciones también sirven para algo, como esas señales sucias que florecen junto a los agujeros de los andenes, tan tristes y tan útiles a la vez.

En últimas, si acabamos, según dicen algunas leyendas, y pronostican los amantes del Apocalipsis, como los gigantes legendarios de Atlántida, aplastados por nuestras construcciones altaneras, en un reguero de resortes, tornillos y engranajes, será una catástrofe honrosa. El cumplimiento de un destino absurdo nos hará más misteriosos de lo que somos. Pero también es posible que nuestras famosas locuras colonicen las últimas estrellas. Y aun que inventemos

otras si las que hay no alcanzan para vivir.

Mientras tanto, derivemos allá donde vamos sin saber a qué. Y unamos a la ardiente paciencia, o a eso que así llamó un poeta, la humildad que no es igual a la resignación. Hay que ser absolutamente modernos, escribió el poeta Rimbaud hace más de un siglo. Y en cualquier caso, no nos queda otro remedio que ser como somos, mientras no nos decidamos a la santidad en alguna cueva del Himalaya, o a la renuncia tanática del monacato, que es la opción heroica.

eleonescobar@hotmail.com



Nuestro lugar

Andrés García Londoño

Hay cifras que caben en la cabeza sólo como abstracciones. El número de estrellas en el universo se calcula en unos 70 mil trillones. Lo que se escribe muy fácil —un 7 seguido de 22 ceros—, pero se comprende difícilmente, porque tenemos pocos puntos de comparación.

Rector
Alberto Uribe Correa
Vicerrector general
Martiniانو Jaime Contreras
Secretario general
Luquegi Gil Neira
Director: Elkin Restrepo
Asistente de dirección:
Lina María Ruíz Guzmán
Diseñadora:
Marcela Mejía Escobar

Auxiliar administrativa:
Eugenia Álvarez Sanchez
Corrector: Andrés García Londoño

Comité editorial:
Jairo Alarcón, Carlos Arturo Fernández,
Patricia Nieto, Juan Carlos Orrego,
César Ospina, Margarita Gaviria,
Luz María Restrepo, Alonso Sepúlveda,
Nora Eugenia Restrepo.

Impresión: Imprenta Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia
Correspondencia y suscripciones:
Departamento de Publicaciones,
Universidad de Antioquia
Bloque 28, oficina 233,
Ciudad Universitaria
Calle 67 N.º 53-108
Apartado 1226, Medellín, Colombia
Tel.: (574) 219 50 10, 219 50 14
Fax: (574) 219 50 12
revudea@quimbaya.udea.edu.co

Página web:
www.udea.edu.co/revistaudea
Versión digital
www.latam-studies.com
<http://oceanodigital.oceano.com/>
Publicación indizada en: MLA,
Ulrich's, CLASE
Canje:
Sistema de Bibliotecas,
Universidad de Antioquia
Bloque 8, Ciudad Universitaria
E-mail: canjebc@caribe.udea.edu.co
Licencia del Ministerio de Gobierno
N.º 00238

Tarifa postal reducida para libros y revistas N.º 843 de la Administración Postal Nacional
La *Revista Universidad de Antioquia* no se hace responsable de los conceptos y opiniones emitidos en los artículos, los cuales son responsabilidad exclusiva de los autores.



REVISTA
UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

ISSN:0120-2367

UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA
1803

Ni siquiera el número de células en nuestro cuerpo se acerca a esa cantidad, pues sólo contamos con unos cien billones, un número con ocho ceros menos o, lo que es lo mismo, cien millones de veces menor.

Aunque en un cielo por completo despejado alcancemos a ver sólo unas 8.000 estrellas a simple vista, en nuestra propia galaxia hay unos 100 mil millones de astros creadores de luz. Y la Vía Láctea es sólo una entre los 125 mil millones de galaxias que se cree que existen, aunque hay razones para creer que el número puede ser mucho mayor. En definitiva, en relación con el número de estrellas aún se sostiene la más famosa comparación al respecto, por el inolvidable Carl Sagan: hay más estrellas en el universo que granos de arena en todas las playas y desiertos de la Tierra.

Hasta ahora el objeto más rápido construido por el hombre es la nave Voyager 1, que viaja a una velocidad de 17 km por segundo (unos 62.000 km/h, o algo más de 543 millones de kilómetros por año), gracias a que fue acelerada por la gravedad de Júpiter y Saturno al pasar cerca de ellos. Si con esa velocidad iniciáramos hoy un viaje hacia Próxima Centauri, la estrella más cercana a la Tierra —a unos 37 billones de kilómetros— en el sistema estelar de Alfa Centauri, nos tomaría unos 70.000 años llegar allí, siglo más, siglo menos. Esto es, más tiempo del que ha pasado desde que el ser humano adquirió la capacidad de hablar, hace 50.000 años, o siete veces más del que ha transcurrido desde que fundamos los primeros pueblos, al volvernos sedentarios en el Neolítico gracias al descubrimiento de la agricultura y la ganadería. Y Próxima Centauri es apenas la estrella

más cercana, a sólo 4,2 años luz; las más lejanas están a miles de millones de años luz.

La primera conclusión es obvia y radical: nuestra medida no es la medida del Cosmos. Este es un universo donde el número de cuerpos celestes es enorme, pero la nada interestelar es soberana indiscutida desde el punto de vista de la distribución. La segunda conclusión es aún menos compasiva con el provincialismo. Incluso si admitimos que sólo algunos sistemas estelares tienen planetas —fenómeno que los modernos telescopios están demostrando, por cierto, que es bastante más común de lo que se creía—, y sólo algunos planetas desarrollan vida, y únicamente en algunos de esos planetas la vida evoluciona hasta alcanzar la razón, y apenas algunas especies racionales sobreviven a los peligros de la “infancia tecnológica” —fase en la cual ahora estamos los humanos—, en un universo con 70 mil trillones de estrellas y donde la razón parece ser una ventaja evolutiva mayor, debe de haber millones de civilizaciones extraterrestres, algunas en una fase tan temprana como nosotros, pero también otras con millones de años de desarrollo tecnológico a cuestas.

¿Dónde queda entonces nuestra concepción de nosotros mismos y de nuestro lugar en el Orden del Cosmos? ¿Cómo no puede cambiar, ante tamaña evidencia, lo que pensamos al respecto? En relación con la fuente más tradicional de explicaciones trascendentales para la especie —la religión— y la medida real del Cosmos, les va sin duda mejor a las religiones animistas y aquellas donde las especies se interrelacionan, como sucede con la reencarnación en el budismo, que a las de corte antropocéntrica, como la cristiana. Porque, ¿cómo Dios puede dedicarse sólo

a nosotros y las otras especies inteligentes no han recibido un Salvador? ¿O la encarnación de Dios que implica la soteriología se da por turnos y cada día hay un Mesías sacrificándose entre seres de su propia especie en algún planeta lejano?... Seguramente, no faltará el fanático que, con la misma arrogancia de los conquistadores ante los indígenas americanos, pensará que simplemente esas especies están esperando que les llevemos “La Palabra”... Pero el problema es que la base de esa supuesta superioridad humana está en el centro mismo de la cuestión. Esto, porque la observación más discutible del Génesis es también uno de los pilares mayores de las religiones monoteístas.

Si Dios hizo al hombre a “su imagen y semejanza”, ¿dónde quedan los millones de especies, mucho más avanzadas que nosotros, que no tendrán nada en común con nuestro propio aspecto, o incluso con la manera en que pensamos? La realidad es que las especies extraterrestres deben lucir muy distinto a cómo nos habituaron *Star Trek* o *E.T.* En un universo con planetas tan diferentes, el antropomorfismo debe ser la excepción, no la regla. Los seres con forma de pulpos o medusas tienen tanta posibilidad de representar el aspecto más común de las especies racionales en el Cosmos como los seres con dos brazos y dos piernas. Y si eso suena raro, las variaciones con respecto al tamaño o la longevidad deben ser aún mayores. Dadas las complejidades que implica la miniaturización en relación con los cerebros biológicos, quizá haya más limitantes en cuanto a que esos seres sean mucho más pequeños que nosotros que a que sean mayores, así que debe haber muchas especies que nos recuerden a los dinosaurios en

tamaño, algunas cuyos habitantes parezcan rascacielos, y no faltará la que, como en *Solaris* de Lem, sea en realidad un océano inteligente, compuesto por infinitud de células interconectadas. Tampoco el carbono tiene que ser la base de la vida; igualmente pueden serlo el silicio o el azufre. E incluso la comunicación por radios biológicas o por sistemas de luz puede ser más común que el lenguaje codificado en sonidos. Habrá especies que vivirán menos que nosotros y otras que serán poco menos que inmortales. O tal vez, como se está comenzando a pensar en este momento, las especies biológicas sean la excepción, sólo el primer paso en la cadena de la inteligencia, y el universo esté poblado ante todo por robots y computadoras autoconscientes que sobrevivieron a las especies que las crearon.

Sea como sea, una cosa es cierta. Al menos por ahora, el Paraíso está acá. Seguramente existen millones de mundos habitables, pero ninguno es alcanzable para nosotros por el momento. Nos separa de ellos una barrera tan grande como lo es el océano para una hormiga. Sólo el Paraíso terrestre, tan vapuleado por nuestros abusos, nos puede cobijar. Ojala recordemos eso a tiempo de proteger lo que aún conservamos, en lugar de racionalizar su destrucción o pensar que el castigo y la recompensa vendrán después de la muerte, de modo que aún tengamos una casa para recibir a los visitantes, a nuestros hermanos aún no conocidos y de aspecto insospechado, los otros Hijos de las Estrellas, el día del Primer Contacto.

agarlon@hotmail.com



Alcatraz según Capone

Ignacio Piedrahíta

Este año saldrán a la venta dos libros sobre Al Capone en Estados Unidos, uno de ellos escrito por un periodista y otro por su sobrina nieta. Aunque es improbable que lleguen al país, será interesante ver lo que ambos autores tienen que decir sobre el tiempo que pasó en Alcatraz el *Gran Al*, pues entró como el enemigo público número uno y salió enfermo y acabado.

Capone, detenido entonces en Atlanta, fue uno de los 53 presos que inauguraron *La Roca* en 1934. Hay una foto en la que se le ve durante el viaje en tren a California, vestido de corbata, fumando tabaco y jugando cartas con el comisario. Obviamente no sabía lo que le esperaba, pues Capone usaba la cárcel como refugio cuando las cosas se ponían mal en el bajo mundo de Chicago. La primera vez que fue sentenciado se negó a pagar la fianza de 35.000 dólares para salir libre y prefirió ser recluso, a pesar de que llevaba en el bolsillo 50.000 dólares en efectivo.

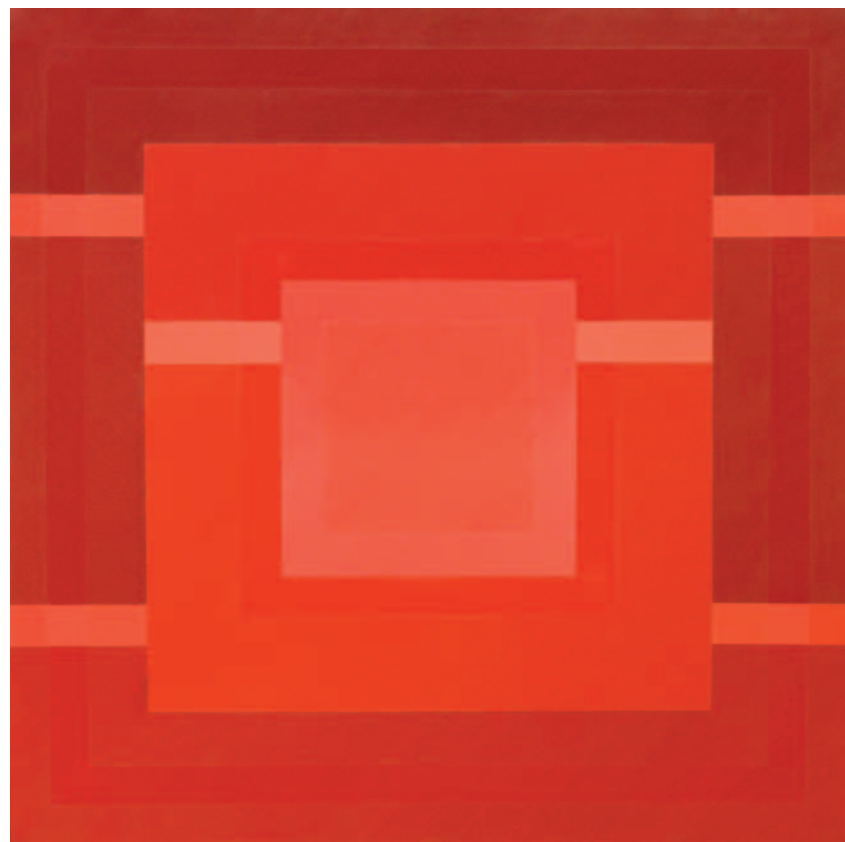
Capone pensaba que Alcatraz sería una más de sus residencias al cuidado del Estado, en la que tendría, como mínimo, una línea telefónica privada y las visitas que quisiera. Con esto en mente y el número 85 a la espalda, lo primero que hizo al llegar a la isla fue hacer sus exigencias. Pero allí las reglas eran inflexibles: una visita por mes, sólo de familiares y máximo de dos personas cada día. De resto, un aislamiento casi total, aliviado por la suscripción a ciertas revistas semanales. La primera en llevarse un chasco fue la madre

de Al, quien debió entrar sin sostén debido a que tenía encajes de metal, además de tener que conversar con su hijo en un mal inglés, pues le prohibieron usar el dialecto italiano de Castellamare, el pueblo de la familia. La pobre señora no volvió. Son esas cosas las que hacen que uno se apiade hasta del más malo de los capos.

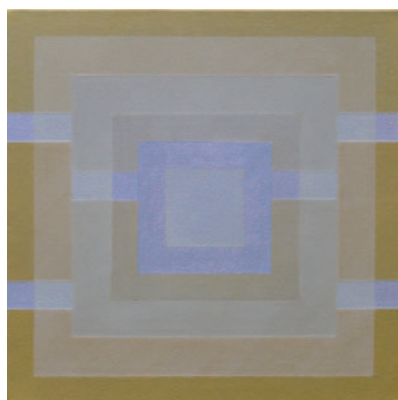


Acero, vidrio y bronce, 50 x 50 cm

Al Capone no fue el único pez gordo que pagó condena en Alcatraz, pues la prisión fue diseñada precisamente para llevar, entre otros, a las cabezas de las organizaciones criminales que tenían en jaque al Estado norteamericano en los años veinte y principios de los treinta. Allí, pues, se mezclaban simples asesinos, como Robert *El hombre pájaro* Stroud, quien se fue hundiendo en el sistema penitenciario por problemas de comportamiento, con gánsters de todo nivel. Los había de la alta sociedad, como George *Ametralladora* Kelly, hijo de un próspero agente de seguros que encontró en el secuestro la manera de amasar una fortuna de manera rápida, o Floyd Hamilton, el chofer de la siniestra pareja de Bonnie y Clyde, que hizo carrera en el robo de bancos en regiones apartadas. Curiosamente, Kelly y Hamilton se convertirían en los proyeccionistas de la función



Acrílico sobre tela, 1 x 1 m



Acrílico sobre tela, 1 x 1 m

quincenal que se presentaba en el penal.

Capone, pues, de 35 años, gordo, bajito y acostumbrado a la buena vida, ya no era el ladroncito peleador del Brooklyn que lo vio crecer, ni el avisado portero de los burdeles de la ciudad que lo vio hacer fortuna, Chicago. Fuera de forma y con una sífilis en camino de afectarle las funciones cerebrales, a Capone le tocó batirse como cualquiera con otros presos que en la calle nunca se habrían atrevido a tocarlo. Más de uno quería darse el lujo de pelearse a puños con *Caracortada* y hasta fue herido en una oportunidad por el ladrón de bancos Jimmy Lucas, con dos cuchillas de afeitar robadas de la barbería. Luego, Lucas participó en un intento fallido de fuga en el que murió un oficial, lo que le valió una cadena perpetua.

De hecho, a Al Capone no le tocaron los grandes intentos de

fuga de Alcatraz, que fueron en el 46 y en el 62. El primero de ellos fue el que involucró a un grupo de presos que se tomaron la prisión durante dos días y asesinaron a dos guardias y golpearon a otros. Los tres principales instigadores terminaron muertos, otros dos sentenciados a muerte y el resto condenados de por vida. Tampoco el del 62, de los hermanos Anglin y su amigo Frank Lee Morris —representado por Clint Eastwood en *Fuga de Alcatraz* (1979)—, que quizá fue el único intento exitoso de escape de la isla, pues nunca se encontraron los cuerpos de los tres involucrados.

Aquella foto de Capone rumbo a la isla pudo haber sido la última en la que se le vio en buena forma. Durante los cuatro años y medio que estuvo allí, no tuvo otra diversión que la de cualquier convicto: jugar frontón o cartas en patio, y leer, de 5 a 9 de la noche, antes de que apagaran las luces, libros de la vieja colección de la armada —se dice que Jack London era uno de los autores más populares entre los presos—. Y, tal vez, participó en un singular juego, exclusivo de Alcatraz, llamado “Póngale el nombre al barco”: algunos de los presos estudiaban un determinado manual de embarcaciones y se subían a la última grada del patio, desde donde se veía el tráfico marítimo que pasaba bajo el Golden Gate. Desde allí describían para los demás un navío en particular, mientras los otros, según sus características, lanzaban posibles nombres.

Al Capone no alcanzó a pagar toda su condena en la isla. A los cuatro años empezó a mostrar signos de confusión: usaba la ropa de domingo los días de semana, regresaba a la celda equivocada después de comer y su voz se volvió equívoca y gangosa. Una extrema palidez

fue el indicio de que la enfermedad podía ser real. Los médicos confirmaron una sífilis que traía de antes y que ya estaba bastante avanzada, por lo que fue trasladado a un hospital militar, donde pasó un año más de condena. Al salir, fue directamente a un hospital privado, de donde salió con cierta mejoría aunque no curado, para ir a morir unos cuantos años después, con 48 cumplidos, en su finca en Miami. Por lo visto, en otra época, el joven Alphonse no se limitó a controlar la puerta de entrada de los burdeles.

Fue durante los últimos siete años de su vida de gánster retirado y sifilítico que su sobrina nieta lo conoció y se sentó en sus piernas; la misma que hoy es una empresaria de 70 años que nunca ha llevado el apellido Capone por decisión de su propio padre. Ahora, esta mujer está decidida a contar muchas de las cosas que, como en la vida de todo capo, permanecen ocultas por simple pudor familiar.

agromena@gmail.com



Diccionario particular

Luis Fernando Mejía

El esmerado esfuerzo de los académicos por registrar oportuna y formalmente las nuevas palabras, o sus sorprendentes significados, siempre se queda corto; los eruditos del idioma normalmente llegan a la meta con los coleros. La experiencia personal e intransferible de cada uno de los miembros de la especie humana no se resigna a ser señalada por los mismos

vocablos. Cada cual siente su existencia de tal manera que es usual escuchar a diario que alguien “no encuentra palabras” para describir sus vivencias. Es verdad: todo individuo, aparte del diccionario común, posee su propio diccionario, que sólo entiende él, aunque, muy pocas veces, lo logra compartir con una que otra persona llena de paciencia, generosidad o resignación. O de curiosidad por entender a tartamudos extremos que confeccionan su singular lenguaje, ajeno al ordinario de los demás.

A modo de ejemplo, se han conocido las siguientes expresiones de un diccionario particular perteneciente a un fulano, que ha encontrado a su modo los términos exactos para describir lo que ha percibido o aguantado.

Acéffalo: falta de dos cabezas.

Bobino: vaca que está aprendiendo ortografía.

Canma: mueble donde los perros y los humanos duermen, comen, aman y ven televisión.

Dioz: Dios imperfecto. Por ejemplo, el dioz de los pobres.

Ecolojía: rama de la biología que se encarga del estudio de la relación de los seres humanos con la jota.

Forzudoo: persona que tiene mucha fuerza en los huevos.

Ganamor: se aplica a la actividad de ganar en una competición. Por ejemplo, en el amor.

Hhimhen: repliegue membranoso reforzado que recubre el orificio externo de la vagina de las mujeres vírgenes.

Indigen: se aplica a los que no tienen lo necesario para vivir; y menos, para escribir.

Juventú: joven tutiando.

Kafquiiano: dícese de una q absurda.

Latón: dícese del ratón de los niños. Por ejemplo, el niño le tiene miedo al latón.

Llo-ver: cuando yo quiero ver llover.

Mafiono: que no es mafioso.

Nobela: novela escrita por un premio Nobel de literatura.

Padrevuestro: oración de un ateo que empieza con estas palabras.

Ñanto: llanto de un ñato.

Quitar: verbo perteneciente al diccionario oculto de los piratas de cuello blanco.

Racionalismo: por una letra no es lo mismo que nacionalismo. Intensa devoción por la razón propia.

Soliditario: ¿solitario solidario?

Taxiturno: taxista que habla poco.

Unibersitario: alguien que no pudo con la universidad.

Ve-jez: edad en que no se ve ni jota.

Welga: huelga patas arriba.

Yaxer: estar extendido y fijo sobre una cruz.

Zurriego: zurriago para auto-flagelarse.

Como se puede haber advertido, este fulano difícilmente será comprendido por el prójimo, pero eso poco le deberá preocupar si logra componer un lenguaje propio para entenderse a sí mismo, como lo aconsejan los filósofos más humanistas. Para comunicarse con los demás bastan los lenguajes homogeneizados de los comerciantes que han definido con absoluta nitidez palabras claves, donde los verbos comprar y vender encabezan todos los diccionarios. Así, entonces, se venden y se compran la salud, la educación, la vivienda, la dignidad y, por supuesto, los alimentos. Con saber el significado de estos dos verbos cualquier persona “se defiende” en el mundo de los otros. Pero siempre habrá un diccionario particular, muy personal, que intenta normalizar las experiencias y pensamientos más íntimos del individuo. Un diccionario para

su propio uso que a veces se escapa de la órbita privada cuando el creador del vocablo, gracias a su poder, logra imponérselo a frágiles individuos, momento que permite decir que el léxico de una comunidad se ha enriquecido. Los académicos se agacharán para recoger las nuevas palabras, sin importar su origen, aunque el lenguaje de los comerciantes seguirá siendo el dominante.

De cualquier manera, los diccionarios particulares operan como refugios de las cavilaciones más íntimas de los millones de fulanos sin pretensiones de comprometer a nadie con sus modestas configuraciones. Son palabrejas para su propio uso, aunque los demás se conviertan en analfabetas respecto de él. Por ello, en este sentido, el analfabetismo es el rey, una dolencia incurable, una epidemia con futuro que previene contra las intromisiones indebidas en el fuero interno de las personas. Son muchas las emociones que no se pueden pintar con ninguna lengua humana, en palabras de Víctor Hugo.

¿Cómo llamar a un perro que saca su cabeza por la ventanilla de un carro lujoso? ¿Cómo llamar al mismo perro que saca su cabeza por la ventanilla de un Renault 4? La respuesta depende de varias circunstancias. Si se es el conductor del vehículo lujoso, se podrá hablar de una experiencia personal inolvidable con mi “poderoso perro”; si se es el chofer del Renault 4, se ufanará de una formidable experiencia única con “mi perrito”. Si no se es conductor de nada, y si solamente se es un peatón neurótico que soporta el espectáculo, todo el paquete podrá describirse como “¡Qué perra vida!”.

lfmejia@udea.edu.co



Los viajes de un conejo

Álvaro Vélez

Desde hace unos años los libros de viajes se han vuelto más habituales. Puede que sea una consecuencia de una creciente movilidad de la población —en especial la latinoamericana—, ya que los viajes por el globo se vuelven más corrientes para un grupo cada vez más amplio de personas; o porque con nuevos medios, como la internet, se hace más fácil publicar y conocer las travesías; o porque algunos lectores, afincados en su terruño, añoran la movilidad y desprendimiento de otros, cuando inician un viaje por algún paraje del planeta.

Además, esos periplos cada vez son menos convencionales. Se trata entonces de realizar un viaje gastronómico por el Medio Oriente, o un recorrido por la Suramérica profunda, o “mochiliar” en busca de los misterios ancestrales de la India, o andar de buscavidas por el viejo continente. El turismo clásico, el de la cámara al cuello, el de las gafas de sol y la camisa playera es, cada vez, más mal visto, sobre todo ahora que se trata, para muchos, no sólo de viajar a un lugar, sino también de crear un diario de viaje que recopile todas las experiencias únicas de aquella aventura y, si se tiene suerte, poder publicar los detalles de dicha aventura con la ayuda de una editorial.

Esa práctica, cada vez más en boga, de publicar diarios de viajes no podía pasar inadvertida para el mundo de las historietas (como en el caso de Guy Delisle y sus cómics en Corea del Norte y el sureste asiático), más aún cuando la narración dibujada

ofrece un *plus* al diario de viaje: el hecho de que al ser dibujado se puedan ver los parajes que ha recorrido el autor, aquél que ha tenido la fortuna de viajar a ese lugar extraño para los ojos del lector.

Uno de aquellos diarios de viaje, hechos por un dibujante de historieta, viene de Latinoamérica. Desde Argentina, Ricardo Liniers Siri presenta su libro *Conejo de viaje* (Barcelona: Random House-Mondadori, 2008), que no es más que una recopilación, en historietas, de los viajes que Liniers ha realizado a lo largo del mundo en los últimos años.

Liniers es un dibujante argentino que ha logrado fama y prestigio de manera inusitada en su país, sin embargo, eso no quiere decir que no se merezca las condecoraciones. Puede ser un poco inesperado el ascenso de Liniers, pero viendo su trabajo en historietas, el mérito es todo suyo. Sus cómics están contruidos con el material simple de lo cotidiano —una vez más estamos hablando de cómics autobiográficos—, pero puestos de una forma en que sus pequeñas historias se convierten en grandes narraciones para sus lectores, quizás porque los invita a ser cómplices de sus ocurrencias. Detrás de su dibujo inocente, de algunos trazos irregulares y de sus colores aparentemente descuidados, Liniers ha sabido construir un universo que lo distingue a él y a sus personajes en el mar de autores del cono sur. Con el impulso de sus obras más conocidas, la serie de historietas recopiladas en los libros *Macanudo* (con siete números hasta el momento) y sus tiras e historietas especiales en la prensa argentina, Liniers ha alcanzado un reconocimiento nacional y, ahora, se prepara para su definitiva salida internacional.

Gracias a ese reconocimiento, Liniers ha tenido la oportunidad de viajar a algunos lugares del mundo; de hecho, él mismo reconoce que es gracias al dibujo de historietas que ha logrado conocer varias partes del globo. Como buen dibujante compulsivo, a Liniers siempre lo acompaña una libreta de apuntes y de dibujos, así que sus viajes se convierten también en oportunidades para llenar esos cuadernos con bocetos sobre lo que hace durante el día. Después de muchos viajes y varias libretas con apuntes, bocetos e historietas, parece que Liniers ve un libro, un diario de viaje digno de ser publicado, y es ahí donde ve la luz *Conejo de viaje*.

En este diario de viajes, Liniers dibuja de manera descomplicada, e incluso sus dibujos parecen más bien esbozos de un proyecto de historietas. Pero entiende el lector que lo que el autor pretende es publicar sus primeras impresiones acerca de los viajes que ha realizado, y quizás por eso es que las historietas parecen medio cocidas. Pero es sólo una primera impresión, en *Conejo de viaje* Liniers nos cuenta su periplo por ciudades de Argentina, luego sus viajes por Suramérica y Europa, hasta su último paso por el fin del mundo: la Antártida. El encuentro con amigos, las cenas, las fiestas, las actividades en los eventos artísticos que lo invitan, algunas curiosidades del viaje o de su propia personalidad; todo está contado con una grata sencillez, como si el conejo Liniers fuera íntimo del lector y, frente a un asado y una copa de vino, nos contara sin tanto alarde de sus viajes por el mundo gracias a la historieta.

truchafrita@hotmail.com

Profesor de la Universidad de Antioquia.

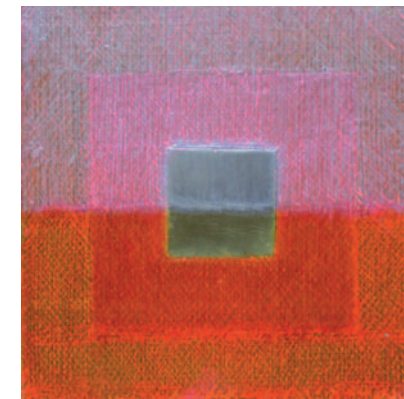


Las cloróticas

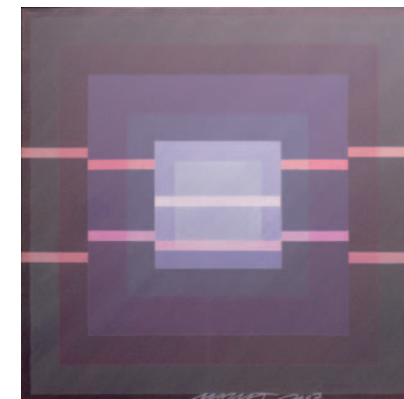
Claudia Ivonne Giraldo

Ser pálido y muy blanco en tierras tropicales, y haber nacido en una época en que las pieles bronceadas son consideradas muy bellas y saludables, no deja de ser, por lo menos, engorroso. Ya desde la infancia las miradas inquisitivas de las tías, abuelas, familiares y médicos eran abrumadoras: ¿Qué le pasa a esta niña?, ¿por qué está tan pálida? ¿Sí come bien?... ¿Ya te pusiste la sangre, querida?

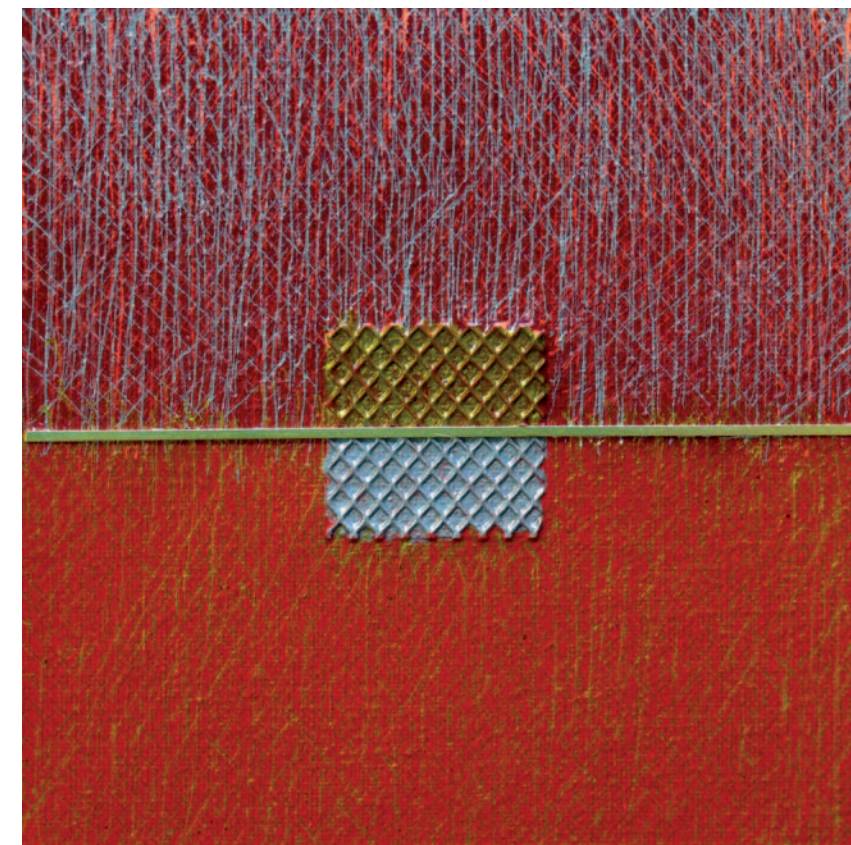
Y desde muy temprano en la vida el dictamen del médico familiar se tornaba en destino, cuando luego de examinar la parte interna del párpado



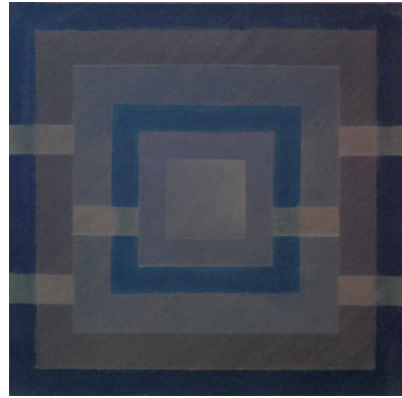
Lápiz y metal sobre cartón, 35 x 35 cm



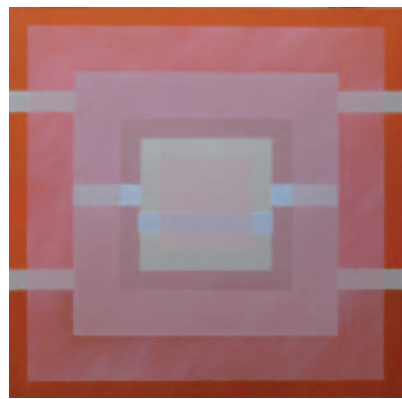
Acrílicos sobre tela, 1 x 1 m



Técnica mixta. 50 x 50 m



Acrílicos sobre tela, 1 x 1 m



Acrílicos sobre tela, 1 x 1 m

inferior aseguraba: “Esta niña podrá comerse un toro vivo y no quedará más colorada de lo que está ahora. Es una anémica sin remedio”... La sola idea de que alguien pudiera comerse vivo a un toro, incluso ver un toro vivo, tenía —desde entonces— implicaciones horribles en el recién estrenado inconsciente.

Hoy proscrita, la palidez sin embargo tuvo sus encantos, adeptos y admiradores: las heroínas románticas eran pálidas en diversas gamas, desde el blanco níveo hasta el amarillo icterico, en los que se delataba, tal vez, alguna cercanía con la muerte, atributo fascinante para los amantes de entonces. Necrófilos, la posibilidad de que la amada muriera, era una buena noticia: se convertiría de inme-

diato en Amada Inmortal, nunca accedida, motivo para palideces propias y versos relamidos y llorones.

Aún más: la anemia tuvo, no hace tanto, implicaciones aún más sórdidas, cuando se escondía en una enfermedad que se conoció como “clorosis”. Según la botánica, la clorosis es el amarillamiento del tejido de las hojas debido a la carencia de clorofila. Nunca antes la palabra había aleteado ante los ojos con su premonición funesta, hasta que leí *Ligia Cruz* de Carrasquilla, cuando la señorona Clotilde le dice a Petrona Cruz (la pobre campesina que apenas llegaba con su tisis a cuestras de las lejanas tierras de Segovia a la Medellín de los años veinte del siglo pasado): “Usted lo que está es clorótica”.

Curioseando en el *Diccionario abreviado de galicismos, provincialismos y correcciones de lenguaje* de Rafael Uribe Uribe, primera edición que data de 1887, encuentro la palabra, con nota explicativa y todo:

Clorosis: enfermedad de las jóvenes, caracterizada por palidez del rostro y empobrecimiento de la sangre.

Clorótico: (Hombre) anémico.

Clorótica: mujer que padece clorosis.

Llaman la atención las dos acepciones: la enfermedad *es* de las jóvenes que tienen el rostro pálido y la sangre EM-PO-BRE-CIDA. En los hombres la enfermedad toma un giro elegante y se llama anemia a secas, como hoy; es decir, lo mismo pero distinto. Las mujeres padecen clorosis. Por otra parte, no son las mujeres en general las que padecen la clorosis, o están cloróticas. Son las jóvenes las que la padecen. Y sabemos lo que pasa con ellas: la menstruación da inicio a su vida reproductiva; ambos procesos innombrables, se

escondían como una peste, pura ley mosaica. Tanto ocultamiento y misterio alentó curiosidades y sospechas masculinas.

Síntoma para sospechas fue pues la clorosis: cómo no pensar si esas palideces, con un tinte de cera, indicaban períodos de sangrados largos, deseos inconfesados, advertencia de que la niña cargaba con su inevitable destino de madre a cuestras. La clorosis era, pues, indicio ineluctable de una feminidad incomprendida y por eso temida hasta el delirio.

Suponían, claro, que al estar listas para la reproducción a las “jóvenes” podrían sobrevenirles las mismas ansias que a los varones de la especie, pero que ellos podían desfogar en la calle de faroles rojos. Muy por el contrario, a las señoritas era menester acallarles tales pujos por medio de sacrificios, encierros, confesiones ante el cura, sentimientos de culpa exacerbados, aguas de cuanta porquería se atravesara, e incluso golpes y castigos paternos bien intencionados. Y un inminente casorio.

La medicina del siglo XIX encontraría en raros “síntomas” argumentos contra las mujeres todas; Lombroso pesaría los cerebros de hombres y mujeres para sacar conclusiones alentadoras para sus investigaciones: ¡el de ellas pesaba menos! Por esos mismos años, el padrecito Freud describía la histeria. Nada más adecuado para espantar a cuanta mujer inteligente que intentara alzamiento de hombros o de falda. Dictaminar clorosis era también someter a una muchacha a que la engordaran como a cerdo de fin de año, con la excusa de que se le engosara la sangre y se le quitara ese color tan equívoco de las mejillas: la palidez del deseo, de las ansias, del amor, pero, sobre todo, de la insatisfacción sexual y existencial.

La palidez es una marca de nacimiento. El pálido huye del sol porque lo quema más, le es más dañino. La medicina ofrece hoy remedios, y las casas de belleza, afeites. Cuando la cara se lava y se desconfigura, no es sino sacar el rubor y el labial para que los antiguos tintes dejen de incitar desconfianzas. Pero la palidez persigue como una maldición: frente al espejo, en la mañana, la pregunta de todos los días ante la presencia de la otra pálida, tan hermana; y las palabras que la madre de la shakesperiana Julietta le espeta como insulto: “¡Cara de sebo sucio!”.

claudiaivonne09@gmail.com



Los grandes films y el cine de siempre

Eliseo Gil

Una *Eva y dos Adanes*, que es como se conoce en estas latitudes, es una película que cumplió cincuenta años de haberse filmado. La he vuelto a ver y puedo decir que permanece intacta y tan fresca como una lechuga, tanto que quienes asistíamos a la exhibición no nos cansamos de reír y de disfrutarla, quizás porque a diferencia de la basura habitual, desarrolla una idea del cine que ahora parece imposible. Algo de recalcar cuando aún ahora los mejores films no pasan de su semana de estreno y su única apuesta es la de convertirse en un magnífico negocio.

Alguna vez, Cabrera Infante, quien combinaba muy bien sus dotes de novelista y guionista con las de crítico de cine, afirmaba con desencanto que en esta

época la vigencia de una buena película no se extendía más allá de los cinco años. Corrían los setenta y las nuevas situaciones de la industria cinematográfica, lo obligaban a poner en remojo aquellas ideas y nociones que se plantean como naturales al arte. ¿Valdría la pena ocuparse de una actividad cuyos valores son tan pasajeros? ¿Qué arte era aquel cuyos mejores productos sólo podían aspirar a existencia tan precaria? ¿Dónde había quedado el concepto de obra maestra en el cine? Hoy la respuesta es muy clara. Al cine le importa un pito el buen cine, y pensar tan románticamente como en algún momento se llegó a hacer, no es de comerciantes. La técnica, el consumismo, el simple pasatiempo, terminó por ahogar las grandes posibilidades de algo que se inauguraba como la actividad artística que compendia a las demás de manera única, importando poco su suerte. ¿Quién recuerda *Avatar* o *El código da Vinci* o *Alicia*, más allá de los millones hechos en taquilla? Ahora se afirma sin mayores escrúpulos que éste, además, es el cine del futuro.

La inquietud se hace casi dolorosa después de ver otra vez el film de William Wyler. Inspirado, divertido, perfecto. Los años pasan sin hacerle mella; por el contrario, mostrando hasta dónde las cosas anduvieron una vez por el buen camino y como éste ahora, envuelto entre vampiros, sectas secretas y extraterrestres inclinados a épicas ecológicas, se ha tornado pedregoso, fatigante, pueril.

Lo anterior, para hablar también de Marilyn Monroe, pues ésta fue una de sus últimas películas en la que, para citar otra vez a Cabrera Infante, a quien no le atraía en demasía la estrella, aparece “llena de tetas y culo”, y gustosa como siempre. Y aún más, hermosa.

Es curioso que cuando se habla de ella, el apelativo “hermoso” nunca aparezca. Marilyn tenía un rostro de ángel y la mirada herida de sus ojos, la tornaba frágil, sin alas, un delicado objeto de protección. Sabemos que los estudios hicieron de Marilyn lo que ella no quería y que en esta pugna ganó el personaje inventado, el *sex-symbol*, llevándolo al desenlace conocido.

En su última película, *Los inadaptables*, dirigida por John Huston —con Clark Gable y Montgomery Clift en los papeles estelares—, y escrita por su marido de entonces, el gran dramaturgo Arthur Miller, pese a las dificultades y problemas a los que sometió a la producción con su depresión, alcoholismo y conducta caprichosa, nunca estuvo más cerca de ser la actriz que soñaba ser y en el rol que uno no sabe por qué los ecologistas no han convertido en bandera.

En el film, que tiene también la virtud de parecer de ahora, Marilyn es una joven sensible a la que la violencia en los espectáculos de rodeo y la persecución ciega de los Mustangs, el último bastión de caballos salvajes de las praderas americanas, la llevan a rebelarse y a intentar un cambio en el estado de las cosas, por lo menos frente a sus amigos, los indolentes vaqueros; algo imposible dado el mundo primitivo de vidas extraviadas y rústicas que lo pueblan. Pero lo intenta, mostrando cercanía y compasión por las víctimas, más tratándose de animales sin chance alguno de ganar la partida. Aquella cercanía y caridad que Marilyn, sin duda alguna, reclamaba para sí, como figura creada en los estudios por Pigmaliones golosos e insaciables.

